

**Discurso pronunciado por D. Luis Suárez-Llanos Gómez
en el Hostal de los Reyes Católicos con motivo de la reunión
de la primera y de la segunda promoción de la
Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales
de la USC
Santiago de Compostela, 31 de mayo de 2008**

LUIS SUÁREZ-LLANOS GÓMEZ
Universidad de Santiago de Compostela

Querido “delegado de primer curso” y hoy, sin embargo, presidente de la Xunta de Galicia.

Queridos viejos y antiguos alumnos de hace tantos años y hoy, sin embargo, honrados ciudadanos.

Jorge Sales, uno de los organizadores de esta comida, me pidió que os dirigiera unas palabras, y como pensaba que tendría lugar a la hora de la sobremesa, y para evitar que este encargo maléfico me impidiera hacer la digestión, decidí traer por escrito unas cuartillas para que así, al leerlas, resultara mas fácil y más sana tanto la digestión como la improvisación.

Una comida esta organizada al calor del cuarenta aniversario –para ser exacto– de finalizar su primer curso la primera promoción de la Facultad de Políticas, Económicas y Comerciales. Y la verdad es que en lugar de ser yo el invitado –cosa que no sabéis cuánto os agradezco–, estoy seguro de que, si estuviera entre nosotros, el que debería estar hoy aquí debería ser el querido Carlos Otero Díaz, porque él fue quien os aguantó –a la primera y a la segunda promoción– como decano-comisario de la Facultad; porque yo no empecé a ejercer como decano hasta vuestro paso del ecuador aunque, eso sí, yo también tuve a mi cargo a la primera promoción en el segundo año de su licenciatura y, naturalmente, a las siguientes promociones, pero sólo para poner en sus oídos y en sus mentes –en vuestros oídos y en vuestras mentes– las delicias del Derecho Mercantil y, mas concretamente, las sublimes cuestiones de las sociedades mercantiles y de la letra de cambio.

Hace unas cuantas semanas se celebró en la Facultad, con un desconocido despliegue publicitario, un acto conmemorativo de este cuarenta aniversario, y por expresa invitación de Maite Cancelo –la decana– tuve la oportunidad de dirigirme a los asistentes rememorando unas fechas y unos acontecimientos sobre los que todos teníamos “apalancados” unos comunes recuerdos y unos sentimientos también comunes de nostalgia, de cariño y hasta, por qué no decirlo, de superados malhumores y de algún que otro cabreo. Muchos de vosotros estabais presentes y tuvisteis la oportunidad de oírme. Y hoy tengo la sensación de que aquellas rememoraciones

produjeron cierto efecto, porque la verdad es que a los que asististeis se os calentó la boca y enseguida comenzasteis a comentar la necesidad de planificar una reunión de todos los afectados por el aniversario para sentaros de nuevo alrededor de unas mesas, volver a comer juntos y también juntos volver a intercambiar recuerdos y a revivir por unos momentos pasadas experiencias. Prefiero pensar, como os digo, que esto sucedió porque yo desperté vuestros ánimos y no porque el vino en la cafetería de la Facultad o en la comida posterior en el hotel NH provocaran vuestras ganas, como digo, de volver a comer.

Estáis aquí, digo, porque hace cuarenta años nacía la Facultad, una Facultad que nacía “libre”. Me explico, una Facultad “nacida libre” porque lo hacía, si queréis, “dejada de la mano de Dios”, esto es, “sin edificio y sin profesorado”. ¡Por qué no vayáis a pensar otra cosa ideológicamente perversa! ¿Se podría desear algo mejor para un centro docente que estaba llamado a albergar a cientos de alumnos para impartir, entonces, una licenciatura y un poquito de otra? Pues parece que sí, porque a los que estábamos allí en aquellos momentos nos dio por llevar la contraria a esta circunstancia y nos empeñamos en conseguir unas instalaciones y un nutrido cuerpo de profesores. ¡Y por lo menos bien que lo intentamos! Porque conseguimos cuatro instalaciones, cuatro distintas a lo largo de sus cinco primeros años de funcionamiento: las aulas del viejo edificio “central” de la Universidad, el pabellón también central del Burgo de las Naciones, las aulas del nuevo edificio de la Facultad de Farmacia y, por fin, el pazo de Fonseca. No menciono el quinto emplazamiento –el definitivo– porque con él no se contó hasta casi diez años después de la creación de la Facultad y, por lo tanto, su ocupación superó el paso de las cinco primeras promociones, ya que fue la sexta promoción la que pudo saborear al finalizar sus estudios las mieles de sus instalaciones. Bueno, la sexta promoción y algunos miembros de las anteriores, pero por el deseo de algunos de esos miembros de abundar en los conocimientos de la Econometría. Y tampoco se pueden olvidar los esfuerzos desplegados para conseguir, por vías diferentes a los “oficiales”, la contratación del profesorado, con resultados desiguales, pues a veces había que proceder a la “descontratación”. Todos recordáis la mayoría de sus nombres. Y ahora me pregunto: ¿cuántas primeras promociones de otras facultades conocéis que hubieran podido gozar de unos comienzos tan estimulantes?

Porque quiero pensar que pese a todo lo sucedido, pese a todo lo bueno y todo lo menos bueno con lo que os pudisteis tropezar, pese a las muchas incertidumbres, sinsabores y desasosiegos iniciales –creo que hoy superados aunque sólo fuera por el transcurso de los años–, estoy seguro de que muchos de vosotros conservareis en vuestra memoria bastantes buenos recuerdos, bastantes buenas actitudes personales e incluso alguna que otra información de las muchas que os fueron facilitadas y a las que, tal vez, alguna vez en vuestra vida habréis tenido que recurrir para resolver o para empeorar alguna situación. Yo no sé si “la función de la utilidad marginal decreciente” o “el problema del coste social” o “las contradicciones entre las nuevas relaciones de producción y la antigua superestructura jurídico-política” –o alguna modalidad de esta superestructura como, sin ir más lejos, “la acción cambiaria

de regreso, naturalmente en vía ejecutiva, contra el avalista del primer endosante de una letra de cambio girada con la cláusula sin gastos”–, yo no sé, digo, si os habrán servido para resolver o para empeorar alguna cosa, pero seguro de que en el peor de los casos os habrán servido para soltar una carcajada y liberar de este modo algún maléfico estrés.

¿Habéis pensado, además, otra cosa? ¿Habéis pensado –y ahora hablo un poco más en serio– que, tal vez, estas singulares carencias sirvieron para ponerlos a prueba y para ejercitar el inconformismo que veníais gestando desde meses atrás ante arcaicas estructuras, dando pie a un movimiento universitario contrario a esas estructuras y motivador de parcelas cada vez más consistentes de libertad en los ámbitos cultural, académico y político? Yo recordaba en mi intervención de hace varias semanas, que la Facultad había iniciado su andadura en el contexto que eclosionó en el mayo del 68, con destacados protagonismos, por cierto, de algunos miembros de vuestra primera promoción –y sin ánimo de señalar con el dedo, mencionaríais, entre otros, a Emilio Pérez Touriño, a Marisa Melón, a Federico Ordax, a Arturo Reguera o a Benedicto García–, y decía que se había visto impregnada de ese espíritu inconformista reinante que, con el paso del tiempo, se vería favorecido no sólo por muchos contenidos de las ciencias sociales particulares que eran objeto de vuestro estudio sino también por la actitud cívica e intelectual de muchos profesores que, a medida que la Facultad iba avanzando, se iban incorporando a sus tareas.

Decía en aquella intervención que no se podía entender el desarrollo de la Facultad en sus primeros años sin esta particular impronta que, evidentemente, iba a suponer para ella el hecho de ser calificada de “roja” y de insumisa al orden académico, y de que no tendría explicación en otra causa el hecho de que una parte muy importante de la clase dirigente política gallega de nuestros días, de un signo y de otro, hubiera tenido en la Facultad su lugar de formación y de experimentación. Y también sin ánimo de señalar, podría citar entre los más conocidos a Xosé Manuel Beiras y a Juan Ramón Quintás, entre los de origen profesoral, y entre los entonces alumnos y después también profesores, a Emilio Pérez Touriño, Fernando González Laxe, Dolores Villarino, José Ramón Fernández Antonio, Abel Caballero, Camilo Nogueira, Álvarez Corbacho, Ceferino Díaz y, naturalmente, otros más. Total..., casi nada.

Tomando una feliz reflexión que escuché hace días a un colega de la Universidad, parece que del tránsito del *Gaudeamus Igitur* al *Venceremos Nos* –y me refiero al expresivo título de una exposición que tuvo lugar hace poco en el pazo de Fonseca– hemos pasado en estos últimos cuarenta años del *Venceremos Nos* al *Que din os rumorosos* y también, para regresar en algunos casos de nuevo, al *Gaudeamus*. Y es bueno que esto haya ocurrido. Por lo pronto, es bueno para los que han efectuado ese recorrido, pero también para los que no lo han hecho y han preferido dejarse de músicas, quedar tranquilos por no saberse la letra completa de cada uno de esos himnos y disfrutar del paso de los años en armonía con el mundo circundante.

Hoy está aquí una buena representación de los actores de aquellos momentos, cada uno con su particular maleta de sentimientos y de recuerdos y con importantes bagajes de trayectorias profesionales a vuestras espaldas. La verdad es que para quien os ha visto antes y también os ve ahora parece que el tiempo ha transcurrido en un santiamén. ¡Claro que estamos todos cuarenta años más viejos! Hay que reconocerlo mal que nos pese, pero eso afecta más a la carrocería que al disco duro que llevamos dentro, que aún tiene unos cuantos *bits* para seguir funcionando y para seguir incordiando.

Y hablando de *bits* y de incordios, yo voy a bloquear ahora los que aún me quedan vivos para no prolongar más este incordio que os estoy dando. Y me vais a permitir que para finalizar proponga un brindis –si tuviera una copa en mi mano la levantaría– por todos vosotros, por vuestros recuerdos, por vuestros logros y también por vuestros pequeños fracasos; en definitiva, por lo que sois. Y también para que, aprovechando la ocasión, exprese el deseo de que dentro de otros ¿10?, ¿20?, ¿40? años nos volvamos a reunir para seguir contándonos nuestras penas y nuestras alegrías. Si para entonces, claro, todavía aguanta nuestra carrocería.

Muchas felicidades a todos.